

»Esto he alegado de las letras profanas, como para remedio contra este mal artificio y deseo excesivo del afeite, porque Dios procura nuestra salud por todas las vías posibles; mas luégo apretaré con las letras sagradas, que al malo público natural es apartarse de aquello en que peca, siendo reprehendido por la vergüenza que padece. Pues así como los ojos vendados ó la mano envuelta en emplastos, á quien lo ve hace indicio de enfermedad, así el color postizo y los afeites de fuera dan á entender que el alma en lo de dentro está enferma.

»Amonesta nuestro divino Ayo y Maestro que no lleguemos al río ageno, figurando por el río ageno la mujer desatemplada y deshonesta, que corre para todos, y que para el deleite de todos se derrama con posturas lascivas.

»— Contiénete, dice (1), del agua agena, y de la fuente agena no bebas;—amonestándonos que huyamos la corriente de semejante deleite, si queremos vivir luengamente, porque el hacerlo así añade años de vida.

»Grandes vicios son los de comer y beber, pero no tan grandes, con mucha parte, como la afición excesiva del aderezo y afeite; para satisfacer el gusto la mesa llena basta, y la taza abundante; mas á las aficionadas á los oros, á los carmesíes y á las piedras preciosas, no les es suficiente ni el oro que hay sobre la tierra ó en sus entrañas della, ni la mar de Tiro, ni lo que viene de Etiopía, ni el río Pactolo, que corre oro, ni aunque se transformen en Midas, quedarán satisfechas algunas dellas, sino pobres siempre y deseando más siempre, aparejadas á morir con el haber.

»Y si es la riqueza ciega, como de veras lo es, las que tienen puesta en ella toda su afición y sus ojos ¿cómo no serán ciegas? Y es que, como no ponen término á su mala codicia, vienen á dar en licencia desvergonzada, porque les es necesario el teatro y la procesión y la muchedumbre de los miradores, y el vaguear por las iglesias y el dete-

(1) Ecclesiast., cap. 25, v. 30.

nerse en las calles para ser contempladas de todos, porque cierto es que se aderezan para contentar á los otros.

»Dice Dios, por Hieremias (1):

»— Aunque te rodees de púrpura y te enjeyes con oro y te pintes los ojos con alcohol, vana es tu hermosura.

»Mas ¿qué desconcierto tan grande que el caballo y el pájaro y todos los demás animales de la yerba y del prado salgan alindados cada uno con su propio aderezo, el caballo con crines, el pájaro con pinturas diversas, y todos con su color natural, y que la mujer, como de peor condición que las bestias, se tenga á si misma en tanto grado por fea, que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta?

»Preciadoras de lo hermoso del rostro, y no cuidadosas de lo feo del corazón; porque sin duda, como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo, así las floridas pinturas del rostro son señal y pregón de ramera. Porque los volantes y las diferencias de los tocados, y las invenciones del coger los cabellos, y los visajes que hacen dellos, que no tienen número, y los espejos costosos, á quien se aderezan, para cazar á los que, á manera de niños ignorantes, hincan los ojos en las buenas figuras, cosas son de mujeres *raidas* (2), y tales, que no se engañará quien peor las nombrare, transformadoras de sus caras en máscaras.

»Dios nos avisa que no atendamos á lo que parece, sino á lo que se encubre (3); porque es lo que se ve temporal, y lo que no, sempiterno; y ellas locamente inventan espejos, adonde, como si fuera alguna cosa loable, se vea artificiosa figura, á cuyo engaño le venía mejor la cubierta y el velo. Que, como cuenta la fábula, á Narciso no le fué útil el haber contemplado su rostro. Y si veda Moisés (4) á los hombres que no hagan alguna imagen, compitiendo en el arte

(1) Hierem., cap. 4, v. 30.

(2) Libres y desvergonzadas.

(3) II, Ad corinth., cap. 4, v. 2.

(4) Exod., cap. 20, v. 4. Deuteron., cap. 5, v. 8.

con Dios, ¿cómo les será á las mujeres lícito en sus mismas caras formar nuevos gestos en revocación de lo hecho?

»Al profeta Samuel cuando Dios le envió á unguir en rey á uno de los hijos de José, pareciéndole que el más anciano dellos era hermoso y dispuesto, y queriéndole unguir, dijole Dios:

«— No mires á su rostro ni atiendas á su buena disposición de ese hombre que le tengo desechado; que el hombre mira á los ojos y Dios tiene cuenta con el corazón (1).

»Y así, el Profeta no ungió al hermoso de cuerpo, sino consagró al hermoso de ánimo. Pues si la belleza de cuerpo, aun aquella que es natural, tiene Dios en tanto menos que la belleza del alma, ¿qué juzgará de la postiza y fingida el que todo lo falso desecha y aborrece?

»En fe caminamos, y no en lo que es evidente á la vista (2).— Manifiestamente nos enseñó en Abraham el Señor que ha de menospreciar quien le siguiere la parentela, la tierra, la hacienda y riquezas y bienes visibles (3). Hizole peregrino, y luégo que despreció su natural y el bien que se veía, le llamó amigo suyo; y era Abraham noble en tierra y muy abundante en riqueza, que, como se lee (4), cuando venció á los reyes que prendieron á Lot, armó de sola su casa trescientas y diez y ocho personas.

»Sola es Ester la que hallamos (5) haberse aderezado sin culpa, porque se hermoseó con misterio y para el Rey, su marido; demás de que aquella su hermosura fué rescate de toda una gente condenada á la muerte; y así, lo que se concluye de todo lo dicho es, que el afeitarse y el hermosearse, á las mujeres hace rameras y á los hombres hace afeminados y adúlteros, como el poeta trágico lo dió bien á entender cuando dijo:

(1) Lib. I Regum, cap. 16, v. 7.

(2) II, Ad corinth., cap. 5, v. 7.

(3) Genes., cap. 12, v. 1.

(4) Genes., cap. 14, v. 14.

(5) Esther., cap. 5, v. 1.

De Frigia vino á Esparta el que juzgará,  
según lo dice el cuento de los griegos,  
las diosas; hermosísimo en vestido,  
en oro reluciente, y rodeado  
de traje barbaresco y peregrino.  
Amó, y partióse así, llevando hurtada  
á quien también le amaba, al monte de Ida,  
estando Menelao de casa ausente.

» ¡Oh belleza adúltera! El aderezo bárbaro trastornó á toda Grecia. Á la honestidad de Lacedemonia corrompió la vestidura, la policía y el rostro. El ornamento excesivo y peregrino hizo ramera á la hija de Júpiter.

»Mas en aquellos no fué gran maravilla, que no tuvieron maestro que les cercenase los deseos viciosos, ni menos quien les dijese:— No fornicarás, ni desearás fornicar;— que es decir: No caminarás al *fornicio* (1) con el deseo, ni encenderás su apetito con el afeite, ni con el exceso del aderezo demasiado.»

Hasta aquí son palabras de san Clemente. Y Tertuliano, varón doctísimo y vecino á los apóstoles, dice (2):

«Vosotras tenéis obligación de agradar á solos vuestros maridos. Tanto más los agradaréis á ellos, cuánto menos procurarédes parecer bien á los otros. Estad seguras. Ninguna á su marido le es fea; cuando la escogió se agradó porque ó sus costumbres ó su figura se la hicieron amable. No piense ninguna que si se compone templadamente la aborrecerá ó desechará su marido, que todos los maridos apetecen lo casto. El marido cristiano no hace caso de la buena figura, porque no se ceba de lo que los gentiles se ceban; el gentil en ser cosa nuestra la tiene por sospechosa, por el mal que de nosotros juzga. Pues dime, tu belleza ¿para quién la aderezas, si ni el gentil la cree, ni el cristiano la pide? ¿Para qué te desentrañas por agradar al receloso ó al no deseoso? Y no digo esto por induciros á

(1) Vale lo mismo que fornicación. Es voz que ya no se usa.

(2) Lib. *De cultu feminarum*.

que seáis algunas desaliñadas y fieras, ni os persuado el desaseo, sino dígoos lo que pide la honestidad, el modo, el punto, la templanza con que aderezaréis vuestro cuerpo. No habéis de exceder de lo que al aderezo simple y limpio se debe, de lo que agrada al Señor; porque sin duda le ofenden las que se untan con unciones de afeites el rostro, las que manchan con arrebol las mejillas, las que con hollín alcoholan los ojos; porque sin duda les desagrada lo que Dios hace, y arguyen en sí mismas de falta á la obra divina, reprehenden al Artífice que á todos nos hizo. Reprehéndenle, pues le enmiendan, pues le añaden. Que estas añadiduras tómanlas del contrario de Dios, esto es, del demonio, porque, ¿quién otro será maestro de mudar la figura del cuerpo, sino el que transformó en malicia la imagen del alma? Él sin duda es el que compuso este artificio, para en nosotros poner en Dios las manos en cierta manera. Lo con que se nace, obra de Dios es; lo que se finge y *artiza* (1), obra será del demonio. Pues ¿qué malidad, á la obra de Dios sobreponer lo que ingenia el demonio? Nuestros criados no toman ni prestado de los que nos son enemigos; el buen soldado no desea mercedes del que á su capitán es contrario, que es aleve encargarse del enemigo de aquel á quien sirve, y recibir ayuda y favor de aquel malo el cristiano, si ya le llamo bien con tal nombre, si es ya Cristo. Porque más es de aquel cuyas enseñanzas aprende.

»Mas, ¡cuán agena cosa es de la enseñanza cristiana de lo que profesáis en la fe! ¡Cuán indigno del nombre de Cristo traer cara postiza, las que se os mandó que en todo guardéis sencillez; mentir con el rostro, las que se os veda mentir con la lengua; apetecer lo que no se os da, las que os debéis abstener de lo ageno; buscar el parecer bien, las que tenéis la honestidad por oficio! Creedme, benditas; mal guardaréis lo que Dios os manda, pues no conserváis

(1) Artizar es lo mismo que hacer por arte. No está en uso.

las figuras que os pone. Y aun hay quien con azafrán muda de su color los cabellos. Afréntanse de su nación; duélense por no haber nacido alemanas ó inglesas, y así procuran desnaturalizarse en el cabello siquiera. Mal agüero se hacen colorando su cabeza de fuego. Persuádense que les está bien lo que ensucian. Ó cierto, las cabezas mismas padecen daño con la fuerza de las lejías. Y cualquier agua, aunque sea pura, acostumbrada en la cabeza, destruye el cerebro, y más el ardor del sol con que secan el cabello y le avivan. ¿Qué hermosura puede haber en daño semejante, ó qué belleza en una suciedad tan enorme? Poner la cristiana en su cabeza azafrán, es como ponerlo al ídolo en el altar; porque, en todo lo que se ofrece á los espíritus malos, sacados los usos necesarios y saludables á que Dios lo ordenó, el usar dello puede ser habido por cultura de ídolos.

»Mas dice el Señor (1): «¿Quién de vosotras puede mudar su cabello ó de negro en blanco ó de blanco en negro?» ¿Quién? Estas que desmienten á Dios. Veis, dicen, en lugar de hacerle de negro blanco, le hacemos rubio, que es mudanza más fácil. Demás de que, también procuran de mudarle de blanco en negro las que les pesa de haber llegado á ser viejas! ¡Oh desatino, oh locura, que se tiene por vergonzosa la edad deseada, que no se asconde el deseo de hurtar de los años, que se desea la edad pecadora, que se repara y se remedia la ocasión del mal hacer! ¡Dios os libre á las que sois hijas de la sabiduría, de tan grande necedad! La vejez se descubre más cuando más se procura encubrir. ¿Esa debe de ser sin duda la eternidad que se nos promete, traer moza la cabeza? ¿Esa la incorruptibilidad de que nos vestiremos en la casa de Dios, la que da la inocencia? Bien os dais prisa al Señor, bien os apresuráis por salir deste malvado siglo las que tenéis por feo el estar vecinas á la salida. Á lo menos decidme, ¿de qué os

(1) Matth., cap. 5, v. 36.

sirve esta pesadumbre de aderezar la cabeza? ¿Porqué no se les permite que reposen á vuestros cabellos, ya trenzados, ya sueltos, ya derramados, ya levantados en alto? Unas gustan de recogerlos en trenzas, otras los dejan andar sin orden y que vuelen ligeros con sencillez nada buena; otras, demás desto, les añadís y apegáis no sé que monstruosas demasías de cabellos postizos, formados á veces como *chapeo* (1), ó como vaina de la cabeza, ó como cobertera de vuestra mollera, á veces echados á las espaldas, ó sobre la cerviz empinados. ¡Maravilla es cuánto procuráis estrellaros con Dios, contradecir sus sentencias! Sentenciado está (2) que «ninguno pueda acrecentar su estatura.» Vosotras, si no á la estatura, á lo menos añadís al peso, poniendo también sobre vuestras caras y cuellos no sé qué costras de saliva y de masa. Si no os avergonzáis de una cosa tan desmedida, avergonzáos siquiera de una cosa tan sucia. No pongáis, como iguales, sobre vuestra cabeza santa y cristiana los despojos de otra cabeza por ventura sucia, por ventura criminosa y ordenada al infierno. Antes alanzad de vuestra cabeza libre esa como postura servil. En balde os trabajáis por parecer bien tocadas, en balde os servís en el cabello de los maestros que mejor lo aderezan, que el Señor manda que lo cubráis (3). Y creo que lo mandó porque algunas de vuestras cabezas jamás fuesen vistas. Plegue á él que yo, el más miserable de todos, en aquel público y alegre día del regocijo cristiano alce la cabeza, siquiera puesto á vuestros piés, que entonces veré si resucitáis con albayalde, con colorado, con azafrán, con esos rodetes de la cabeza, y veré si á la que saliere así pintada la subirán los ángeles en las nubes al recibimiento de Cristo. Si son estas cosas buenas, si son de Dios, también entonces se vendrán á los cuerpos y resucitarán, y cada

(1) Lo mismo que sombrero. Es voz anticuada.

(2) Matth., cap. 6. v. 27.

(3) I, Ad corinth., cap. 11.

una conocerá su lugar. Pero no resucitarán más de la carne y el espíritu puros. Luégo las cosas que ni resucitarán con el espíritu, ni con la carne, porque no son de Dios, condenadas cosas son. Abstenéos pues de lo que es condenado. Tales os vea Dios ahora, cuales os ha de ver entonces.

»Mas diréis que yo, como varón y como de linaje contrario, vedo lo lícito á las mujeres, como si permitiese yo algo desto á los hombres. ¿Por ventura el temor de Dios y el respeto de la gravedad que se debe, no quita muchas cosas á los varones también? Porque sin ninguna duda, así á los varones por causa de las mujeres, como á las mujeres por contemplación de los hombres, les nace de su naturaleza viciosa el deseo de bien parecer. Que también nuestro linaje sabe hacer sus embustes: sabe *atusarse* (1) la barba, entresacarla, ordenar el cabello, componerle, dar color á las canas, y quitar, luégo que comienza á nacer, el vello del cuerpo, pintarle en partes con afeites afeminados, y en partes alisarse con polvos de cierta manera; sabe consultar el espejo en cualquiera ocasión, ó mirarse en él con cuidado.

»Mas la verdad es, que el conocimiento que ya profesamos de Dios, y el despojo del desear aplacer, y la pausa que prometemos de los excesos viciosos, huye destas cosas todas, que en sí no son de fruto, y á la honestidad hacen notable daño. Porque adonde Dios está, allí está la limpieza, y con ella la gravedad, ayudadora y compañera suya. Pues ¿cómo seremos honestos si no curamos de lo que sirve á la honestidad como propio instrumento, que es el ser graves? Ó ¿cómo conservaremos la gravedad, maestra de lo honesto y de lo casto, si no guardamos lo severo así en la cara como en el aderezo, como en todo lo que en nuestro cuerpo se ve? Por lo cual también en los vestidos poned tasa con diligencia, y desechad de vos-

(1) Atusar significa propiamente cortar el pelo con tijera.

otras y dellos las galas demasiadas; porque, ¿qué sirve traer el rostro honesto y aderezado con la sencillez que pide nuestra profesión y doctrina, y lo demás del cuerpo rodeado de esas burlerías de ropas agironadas y pompasas y regaladas? Que fácil es de ver cuán junta anda esa pompa con la lascivia, y cuán apartada de las reglas honestas, pues ofrece al apetito de todos la gracia del rostro, ayudada con el buen atavío; tanto, que si esto falta, no agrada aquello, y queda como descompuesto y perdido. Y al revés, cuando la belleza del rostro falta, el lucido traje cuasi suple por ella. Aun á las edades quietas ya y metidas en el puerto de la templanza, las galas de los vestidos lucidos y ricos las sacan de sus casillas, é inquietan con ruines deseos su madurez grave y severa, pensando más el sainete del traje, que la frialdad de los años.

»Por tanto, benditas, lo primero, no deis entrada en vosotras á las galas y riquezas de los vestidos, como á rufianes que sin duda son y alcahuetes; lo otro, cuando alguna usare de semejantes arreos, forzándola á ello ó su linaje ó sus riquezas ó la dignidad de su estado, use dellos con moderación cuánto le fuere posible, como quien profesa castidad y virtud, y no dé riendas á la licencia con color que le es fuerza; porque, ¿cómo podremos cumplir con la humildad que profesamos los que somos cristianos, si no cobijáis como con tierra el uso de vuestras riquezas y galas que sirve á la vanagloria? Porque la vanagloria anda con la hacienda. Mas diréis: ¿No tengo de usar de mis cosas? ¿Quién os lo veda que uséis? Pero usad conforme al Apóstol, que nos enseña (1) que usemos deste mundo como si no usásemos dél. Porque, como dice, «todo lo que en él se parece vuela. Los que compraren, dice, compren como si no poseyesen (2).» Y esto ¿por qué? Porque había dicho primero (3), «el tiempo se acaba.» Y

(1) I, Ad corinth., cap. 7, v. 13.

(2) Ibid., v. 30.

(3) Ibid., v. 29.

si el Apóstol muestra que aun las mujeres han de ser tenidas como si no tuviesen, por razón de la brevedad de la vida, ¿qué será destas sus vanas alhajas? ¿Por ventura muchos no lo hacen así, que se ponen en vida casta por el reino del cielo, privándose de su voluntad del deleite permitido y tan poderoso? ¿No se ponen entredicho algunos de las cosas que Dios cría, y se contienen del vino y se destierran del comer carne, aunque pudieran gozar dello sin peligro ni solicitud, pero hacen sacrificio á Dios de la afición de sí mismos en la abstinencia de los manjares? Harto habéis gozado ya de vuestras riquezas y regalos, harto del fruto de vuestras dotes. ¿Habéis por caso olvidado lo que os enseña la voz de salud? Nosotros somos aquellos en quien vienen á concluirse los siglos (1); nosotros á los que, siendo ordenados de Dios antes del mundo para sacar provecho y para dar valor á los tiempos (2), nos enseña él mismo (3) que castigemos, ó como si dijésemos, que castremos el siglo; nosotros somos la circuncisión general de la carne y del espíritu (4), porque cercenamos todo lo seglar del alma y del cuerpo. ¿Dios sin duda nos debió de enseñar cómo se cocerian las lanas, ó en el zumo de las yerbas ó en la sangre de las ostras? ¿Olvidósele, cuando lo crió todo, mandar que naciesen ovejas de color de grana ó moradas? ¿Dios debió de inventar los telares do se tejen y labran las telas, para que labrasen y tejiesen las telas delicadas y ligeras, y pesadas en solo el precio? ¿Dios debió de sacar á luz tantas formas de oro para luz y ornamento de las piedras preciosas? ¿Dios enseñaría horadar las orejas con malas heridas, sin tener respeto al tormento de su criatura, ni al dolor de la niñez, que entonces se comienza á doler, para que de aquellos agujeros del cuerpo, soldadas ya las heridas, cuelguen no

(1) I, Ad corinth., cap. 10, v. 11.

(2) Ad ephes., cap. 1, v. 4.

(3) II, Ad corinth., cap. 6, v. 9.

(4) Ad philippens., cap. 3, v. 3.

sé qué malos granos? Los cuales los partos se engieren por todo el cuerpo en lugar de hermosura; y aun hay gentes que al mismo oro, de que hacéis honra y gala vosotras, le hacen servir de prisiones, como en los libros de los gentiles se escribe. De manera que estas cosas, por ser raras, son buenas, y no por sí. La verdad es, que los ángeles malos fueron los que las enseñaron, ellos descubrieron la materia, y los mismos demostraron el arte. Juntóse con el ser raro la delicadez del artificio, y de allí nació el precio, y del precio la mala codicia que dello las mujeres tienen, las cuales se pierden por lo precioso y costoso. Y porque estos mismos ángeles que descubrieron los metales ricos, digo la plata y el oro, y que enseñaron cómo se debían labrar, fueron también maestros de las tinturas con que los rostros se embellecen y se coloran las lanas, por eso fueron condenados de Dios, como en Enoch se refiere.

»Pues ¿en qué manera agradaremos á Dios, si nos preciamos de las cosas de aquellos que despertaron contra sí la ira y el castigo de Dios? Mas háyalo Dios enseñado, háyalo permitido, nunca Esaías (1) haya dicho mal de las púrpuras, de los joyeles; nunca haya embotado las ricas puntas de oro; pero no por eso, haciendo lisonja á nuestro gusto, como los gentiles lo hacen, debemos tener á Dios por maestro y por inventor destas cosas, y no por juez y pesquisidor del uso dellas. ¡Cuánto mejor y con más aviso andaremos si presumiéremos que Dios lo proveyó todo y lo puso en la vida para que hubiese en ella alguna prueba de la templanza de los que le siguen! De manera que, en medio de la licencia del uso, se viese por experiencia él templado. ¿Por ventura los señores que bien gobiernan sus casas no dejan de industria algunas cosas á sus criados, y se las permiten, para experimentar en qué manera usan dellas, si moderadamente, si bien, pues que loado es allí el que se abstiene de todo, el que se recela de la con-

(1) Ad philippens., cap. 3.

descendencia del amo? Así pues, como dice el Apóstol (1), «todo es lícito, pero no edifica todo.»

»El que se recelare en lo lícito, ¡cuánto mejor temerá lo vedado! Decidme qué causa tenéis para mostraros tan enjaezadas, pues estáis apartadas de lo que á las otras las necesita; porque ni vais á los templos de los ídolos, ni salís á los juegos públicos, ni tenéis que ver con los días de fiesta gentiles; que siempre por causa destes ayuntamientos, y por razón de ver y de ser vistas se sacan á plaza las galas, ó para que negocie lo deshonesto, ó para que se engría lo altivo, ó para hacer el negocio de la deshonestidad, ó para fomentar la soberbia.

»Ninguna causa tenéis para salir de casa, que no sea grave y severa, que no pida estrechez y encogimiento; porque, ó es visita de algún infiel enfermo, ó es ver la misa ó el oír la palabra de Dios. Cada cosa destas es negocio santo y grave, y negocio para que no es menester vestido y aderezo, ni extraordinario, ni polido, ni disoluto. Y si la necesidad de la amistad ó de las buenas obras os llama á que veáis los infieles, pregunto, ¿por qué no iréis aderezadas de lo que son vuestras armas, por eso mismo, porque vais á las que son ajenas de vuestra fe, para que haya diferencia entre las siervas del demonio y de Dios? ¿Para que les sea como ejemplo y se edifiquen de veros? ¿Para que, como dice el Apóstol, sea Dios ensalzado en vuestro cuerpo? Y es ensalzado con la honestidad y con el hábito que á la honestidad le conviene. Pero dicen algunas: Antes porque no blasfemen de su nombre en nosotras, si ven que quitamos algo de lo antiguo que usábamos; luego no quitamos de nosotros los vicios pasados. Seamos de unas mismas costumbres, pues queremos ser de un mismo traje, y entonces con verdad ¿no blasfemarán de Dios los gentiles? ¡Gran blasfemia es, por cierto, que se diga de alguna que anda pobre, después que es cristiana! ¿Temerá nadie de

(1) Ad corinth., cap. 10, v. 23.

parecer pobre después que es más rica, ó de parecer sin aseo después que es limpia? Pregunto á los cristianos, ¿cómo les conviene que anden, conforme al gusto de los gentiles, ó conforme al de Dios?

»Lo que tenemos de procurar es, no dar causa á que con razón nos blasfemen. ¡Cuánto será más digno de blasfemia si las que sois llamadas sacerdotes de honestidad salís vestidas y pintadas como las deshonestas se visten y afeitan, ó que más hacen aquellas miserables que se sacrifican al público deleite y al vicio, á las cuales, si antiguamente las leyes las apartaron de las matronas y de los trajes que las matronas usaban, ya la maldad deste siglo, que siempre crece, las ha igualado en esto con las honestas mujeres, de manera que no se pueden reconocer sin error! Verdad es que las que se afeitan como ellas, poco se diferencian dellas; verdad es que los afeites de la cara, las escrituras nos dicen que andan siempre con el cuerpo *burdel* (1), como debidos á él y como sus allegados. Que aquella poderosa ciudad, de quien se dice (2) que preside sobre siete montes, y quien mereció que la llamase ramera Dios, ¿con qué traje, veamos, corresponde á su nombre? En carmesí se asienta sin duda, y en púrpura y en oro y en piedras preciosas, que son cosas malditas, y sin que pintada ser no pudo la que es ramera maldita. La Thamar, porque se engalanó y se pintó, por eso á la sospecha de Judas fué tenida por mujer que vendía su cuerpo (3); y como la encubría el rebozo, y como el aderezo daba á entender ser ramera, hizo que la tuviese por tal; quisola y recuestóla, y puso su concierto con ella. De adonde aprendemos que conviene en todas maneras cortar el camino aun á lo que hace mala sospecha de nosotros. Que ¿por qué la entereza del ánimo casta ha de querer ser manchada con la sospecha agena? ¿Por qué se esperará de vos lo que huís como

(1) Se toma como adjetivo, y es lo mismo que torpe ó lujurioso.

(2) Apocalyp., cap. 17.

(3) Genes., cap. 38, v. 14, 15, 16, 17, 18.

la muerte? ¿Por qué mi traje no publicará mis costumbres, para que, por lo que el traje dice, no ponga llaga la torpeza en el alma, y para que pueda ser tenida por honesta la que desama el ser deshonesto? Mas dirá por caso alguna: No tengo necesidad de satisfacer á los hombres, ni busco el ser aprobada dellos; «Dios es el que ve el corazón (1).» Todos sabemos eso, mas también nos acordamos de lo que el mismo por su Apóstol escribe: «Vean los hombres que vives bien (2).» Y ¿para qué, sino para que la mala sospecha no os toque, y para que seáis buen ejemplo á los malos, y ellos os den testimonio? O ¿qué es, si esto no es? Resplandezcan vuestras buenas obras; ó ¿para qué nos llama el Señor luz de la tierra (3)? ¿Para qué nos compara á ciudad puesta en el monte, si nos sumimos y lucir no queremos en las tinieblas? Si ascondiéredes debajo del celémín la candela de vuestra virtud, forzoso será quedaros á oscuras, y de fuerza estropezarán en vosotras diversas gentes.

»Las obras de buen ejemplo, estas son las que nos hacen lumbreras del mundo; que el bien entero y cabal no ape-tece lo oscuro, antes se goza en ser visto, y en ser demostrado se alegra. Á la castidad cristiana no le basta ser casta, sino parecer también que lo es; porque ha de ser tan cumplida, que del ánimo mane al vestido, y del secreto de la conciencia salga á la sobrehoz para que se vean sus alhajas de fuera, y sean cual convienen ser para conservar perpetuamente la fe.

«Porque conviene mucho que desechemos los regalos muelles, porque su blandura y demasia excesiva afeminan la fortaleza de la fe y la enflaquecen. Que cierto no sé yo si la mano acostumbrada á vestirse del guante sufrirá pas-marse con la dureza de la cadena, ni sé si la pierna hecha al calzado bordado consentirá que el cepo la estreche.

(1) I, Reg., cap. 16, v. 7. Ps. VII, v. 10.

(2) Ad philippens., cap. 4, v. 5.

(3) Matth., cap. 5, v. 14.

Temo mucho que el cuello embarazado con los lazos de las esmeraldas y perlas no dé lugar á la espada. Por lo cual, benditas, ensayémonos en lo más áspero, y no sentiremos. Dejemos lo apacible y alegre, y luégo nos dejará su deseo. Estemos aprestadas para cualquier suceso duro, sin tener cosa que temamos perder; que estas cosas ligaduras son que detienen nuestra esperanza. Desechemos las galas del suelo si deseamos las celestiales. No améis el oro, que fué materia del primer pecado del pueblo de Dios (1). Obligadas estáis á aborrecer lo que fué perdición de aquella gente; lo que apartándose de Dios, adoró; y aun ya desde entonces el oro es yesca del fuego. Las sienes y frentes de los cristianos en todo tiempo, y en este principalmente, no el oro, sino el hierro, las traspasa y enclava. Las estolas del martirio nos están prestas y á punto. Los ángeles las tienen en las manos para vestirnoslas. Salid, salid aderezadas con los afeites y con los trajes vistosos de los apóstoles. Poneos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad; alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Añudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Subjetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedaréis así bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los piés, y agradarán más así que si los cercádes de oro. Vestid seda de bondad, Holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas desta manera, será vuestro enamorado el Señor. Esto es el Tertuliano».

Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu Santo, que por la boca de sus apóstoles, san Pedro y san Pablo, condena este mal clara y abiertamente. Dice san Pedro (2):

«Las mujeres estén sujetas á sus maridos, las cuales ni

(1) Exod., cap. 32.

(2) I, Pet., cap. 3, v. 1, 3, 4, 5.

traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras preciosas, sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazón ascondido. La entereza y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios; que desta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas santas mujeres.»

«Y san Pablo escribe semejantemente (1): «Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados y sin oro y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.»

Este, pues, sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara, hagan como hacia alguna señora deste reino. Tiendan las manos y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte della en la boca y laven las encias, y tornen los dedos por los ojos y llévenlos por los oídos, y detrás de los oídos también, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen, y después, dejando el agua, limpiense con un paño áspero, y queden así más hermosas que el sol. Añade:

### §. XIII.

La buena mujer ha de ser dichosa, gloria, feliz suerte y bendición de su marido.

*Señalado en las puertas su marido cuando se asentare con los gobernadores del pueblo (2).*

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces y de los que se juntaban para consultar sobre el

(1) I, Ad timoth., cap. 2, v. 9.

(2) Vers. 23.